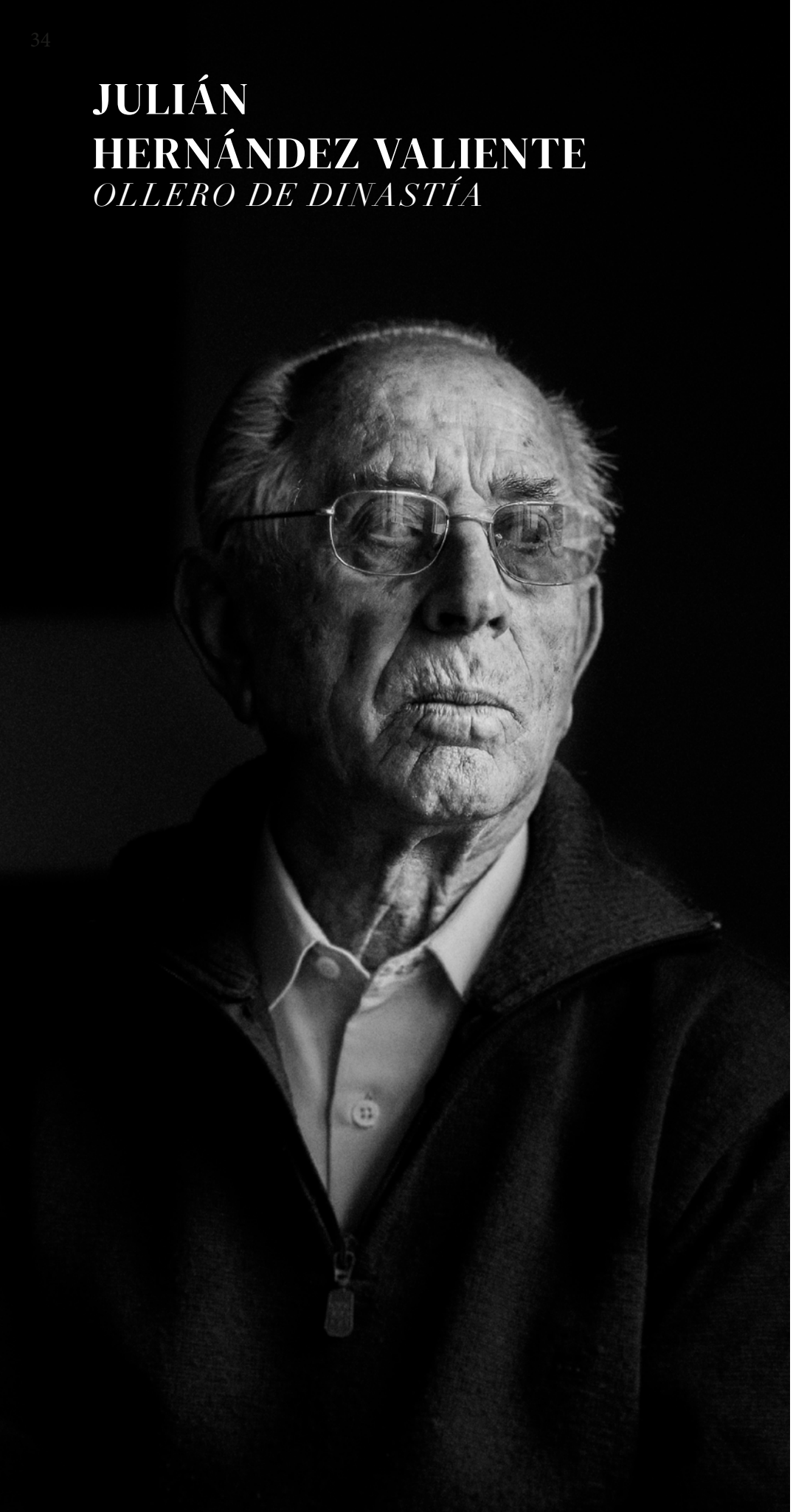
JULIÁN HERNÁNDEZ VALIENTE
OLLERO DE DINASTÍA



¿QUIÉN ERES BONICO QUE POR LA CARA NO TE SACO?

POR: IGNACIO LATORRE ZACARÉS

Acudo, a pocas horas del inicio de la Noche de San Juan y aprovechando un fresco solano, al barrio de las Ollerías de Venta del Moro para «cascar» con Julián Hernández Valiente, que a sus ochenta y tres años, magníficamente cumplidos, tiene a bien comentarme cosas de su vida.

Una trayectoria vital que no ha sido ajena a muchos cambios laborales en oficios especializados propios del tejido industrial rural de antaño: «*Quitado subir a la luna, he hecho de todo*».

Julián nació en 1937, en plena Guerra Civil, en la calle de San Blas de Venta del Moro. El contexto no fue el mejor de los posibles, con una situación económica desastrosa, aunque nos aclara que en su casa no pasó hambre.

Representa a uno de los últimos olleros de Venta del Moro, oficio que ya practicó su padre, Silvestre Hernández Yeves (1906-1993), casado con Teodora Valiente Roldán, ambos de Venta del Moro. Pero la tradición aún le viene de más largo, pues su abuelo paterno, Miguel Hernández Cano, ya ejerció como ollero en los dos hornos que hubo (y aún se pueden contemplar) en Casas del Rey. Su abuela paterna era Eleuteria Yeves Haba (1888-1978) de Venta del Moro. Por parte materna, los Valiente procedían de Casas de Ves y su abuelo Victoriano fue carnicero y casó con la venturreña Fermina Roldán Cárcel.

A los Hernández se les conoce popularmente como los «Cuelgues», aunque Julián ha

heredado el sobrenombre de «Torero» de su padre que, por lo visto, tuvo algún percance taurino sin incidencia grave. Julián se crio con sus hermanas Aurora, fallecida y madre de José Julián y Vivián García, y Fina, casada con José Fernández, padres de Nuria, Pepe y Aurora.

Desde los ocho años, Julián ya trabajó en la ollería familiar en la que laboraban su padre y tíos. Alternaba los pocos días de escuela de don Segundo, a la que acudía de vez en cuando, con el negocio familiar. Cuando se ennovió volvió a la escuela con el maestro don Pedro. Su abuelo Miguel se trasladó como ollero de Casas de Rey a Venta del Moro en los terrenos donde se ubica ahora la antigua fábrica del Limonero y que da nombre al barrio de las Ollerías. Esta tejería y las tierras circundantes eran propiedad de los Montaud, don Raúl y don Gustavo, que también poseían la antigua «Colonia del Francés», en la actual calle Lepanto. Su abuelo Miguel llevaba las ollerías a rento, pero, con el tiempo, su padre Silvestre las compró y allí trabajó toda la familia.

Estas tejerías se especializaron en la confección de adobes macizos, tejas, ladrillo colorado y «rejolas». No se dedicaron a la producción de ollas, lebrillos o enseres propios de cocina. El material era la arcilla limpia de impurezas y cantos, de la cual se aprovisionaban en las tablas de las riberas de la rambla Albosa, muy cerca de la industria. Para fortalecer las tejas necesitaban algo de tierra rubial que extraían en las cercanías del Pino Quilibios y en el inicio de la pista de Venta del Moro a Las Monjas. Al ladrillo colorado le pasaban un cuchillo para que quedara brillante. Era una industria rural propia de los tiempos y que tuvo una larga existencia: hasta 1971. Llegaron a producir hasta un millar de adobes al día.

La ollería se combinaba con algunas viñas y un poco de cereal en la Casa Garrido, dado que la temporada de trabajo en la tejería era de abril a octubre, pues en épocas de hielos no se podía trabajar, ya que los adobes se quebraban o escascoraban. La producción se vendía en el pueblo y aldeas, pero en los últimos tiempos acudían hasta de Casas Ibáñez y pueblos de La Manchuela, pues el material de la zona era más fuerte. En posguerra, incluso, había familias con tierras que pagaban los adobes con trigo de estraperlo, lo que no vino mal a la estirpe de olleros.

El material se confeccionaba en un horno redondo de piedra con una boca para alimentar el fuego a base de leña y una puerta grande por donde se metía la obra para cocerse. El aumento de temperatura debía ser paulatino para que el material no se abriera, aumentando el número de garbas para quemar conforme los grados iban in crescendo. En la bóveda se practicaban unas troneras. En lo alto también había unas troneras y una boca redonda por donde observaban cómo iba la cocción. El horno se tapaba al principio con ramaje para protegerlo, aunque a última hora se hacía con cañizo.

En Venta del Moro subsistían coetáneamente tres tejerías más: la de los hermanos Lucio, Constantino y Silvestre López Ponce al lado de la rambla; otra llevada íntegramente por mujeres y la de Andrés Martínez Villena, también junto a la rambla, pues estas industrias se ubicaban cerca de donde estaba la materia prima: la codiciada arcilla limpia, por ejemplo, la de la Fuente de los Desmayos. En Casas de Pradas hubo otra tejería, pero en el resto de aldeas no, pues la tierra no era la apropiada.

En los últimos tiempos ya se quedó solo en la ollería familiar trabajando y se decidió cerrar, realizando sus propias casas en el terreno donde se ubicaban las ollerías y unas viñas cercanas al puente del Limonero. Así, los últimos adobes macizos realizados por la ollería son perfectamente visibles en la casa de su hija Carmen Pilar que vive en la casa de al lado de Julián y que su hijo Miguel no ha querido nunca que se recubrieran con yeso u otro material, para que quedara perfectamente visible el adobe autóctono.

Cerrada la ollería, Julián se siguió dedicando a la agricultura, pero pronto se inició en otros trabajos especializados, donde ejerció de capataz, pues poseía capacidad de aprendizaje y mando.

Desde los ocho años, Julián ya trabajó en la ollería familiar en la que laboraban su padre y tíos. Alternaba los pocos días de escuela de don Segundo, a la que acudía de vez en cuando, con el negocio familiar.

Catorce años de molinero o «mayoral» del aceite en la almazara vieja del pueblo de la calle Sindicato, al que ya falto de facultades por la pérdida de vista acudió tres años más para enseñar a otros mayorales a gobernar el molino. Ahí trabajaban en dos turnos de cuatro personas de doce horas para moler la oliva del pueblo, aldeas y de más allá, como Los Isidros que aportaban un mayor rendimiento o de Camporrobles, donde se aminoraba el rendimiento.

Como la temporada de moler oliva y elaborar aceite era de invierno, en vendimias ejerció también durante muchos años de capataz bodeguero, al año siguiente de haber entrado por primera vez como peón. Trabajó para el Grupo Sindical de Colonización nº 213 de Venta del Moro en las bodegas del Grupo y La Ideal con algunas campañas en que se elaboraron cinco y seis millones de kilos de uva. Julián rememora los diferentes tipos de vino que elaboraba: vino tinto de doble pasta; rosado; el clarete que era el que salía directamente de la prensa; blanco de tardana; «enzofrados» sin fermentar tipo mosto que solían ir para Francia y el vino tipo «montaña», que era una combinación de todos los vinos, que no era ni tinto, ni rosado. «El vino se vendía en 40.000 sitios», nos dice. A veces se mezclaba en Venta del Moro el vino local con el de La Mancha para vendedores que así lo pedían.

Por si algo faltaba, en temporadas de invierno trabajó quemando brisa y vino en las dos fábricas de alcohol que Vento Galindo poseía en el pueblo. Aún más, fue cortador en la empresa textil de Venta del Moro, así como agricultor en La Colmena donde dominaba el arte de florear e injertar que está reservado a pocos agricultores. Todo ello combinado con el trabajo de sus tierras y huerta en El Prao.

Así pues, el repaso de su vida nos aporta una visión de las muchas industrias rurales de proximidad que trabajaban antiguamente en los pueblos: herrerías, fábricas de alcohol, molinos, carpinterías, sastrerías, aperadores, zapaterías, caleros, carboneros, tejerías, fábrica de gaseosas y refrescos, etc. de las que han subsistido las bodegas y molino del aceite, nada ajenos a la vida laboral de Julián.

Julián se casó con Adoración "Dori" Sáez Haba, fallecida en 2008. Primero vivieron en La Picota y después se trasladaron a su actual vivienda en lo que fueron las ollerías. Sus hijos son Eva María, Carmen Pilar, Miguel y Érika y disfruta de sus tres nietas, la mayor Estel·la, y las pequeñas y alegría de la casa: Thelma y Érika.Perdida gran parte de la vista, tuvo que dejar todo tipo de trabajo y ahora disfruta de la familia, de sus paseos diarios, de las tertulias de bar y de estar a la fresca viendo pasar por su casa todo el movimiento que llevan consigo las empresas de deporte de aventura, camping, ciclistas y paseantes. Su trato afable lo convierte en esas personas a las que hay que preguntar cuando se quiere saber algo antiguo sobre el pueblo: cómo se abastecía el lavadero, de dónde se traían las aguas para determinada fuente, dónde estaba determinada tienda, cuando empezó a elaborar determinada bodega... Julián, uno de esos sabios rurales.

Julián y Adoración «Dori».